

¿Cómo citar este artículo?

Apellidos, Nombre (del autor del texto) (2007). "Título" (del artículo), en Pérez Redondo, R.J. y Martín Cabello, A. (Coords.) *Castilla-La Mancha: 25 años de autonomía*. Toledo: ACMS, pp. (de inicio y final del artículo).

LOS USOS DE LA SOCIOLOGÍA, LOS USOS DE LA NOVELA. REFLEXIÓN EN TORNO AL ENTRELAZAMIENTO ENTRE EL CONOCIMIENTO SOCIOLÓGICO Y EL CONOCIMIENTO NOVELÍSTICO

Sofía Gaspar

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El objetivo de esta comunicación es reflexionar en torno al entrelazamiento que se produce entre el conocimiento sociológico, el conocimiento novelístico y el conocimiento de sentido común en el seno de las sociedades contemporáneas. Para ello se recurre a los conceptos de reflexividad y sentido común, para describir el modo en que se entrelazan las diferentes fuentes de conocimiento social.

Palabras clave: Sociología, literatura, conocimiento, sentido común.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo del presente texto es reflexionar en torno al entrelazamiento que se produce entre el conocimiento sociológico, el conocimiento novelístico y el conocimiento de sentido común en el seno de las sociedades contemporáneas. La actual demanda de conocimientos especializados en cualquier dominio de saber promueve tanto una mayor circulación de conocimientos expertos en la sociedad, como una disminución en el tiempo que va de la producción de "teorías científicas puras" a su difusión y recepción social. Por ello, varios "productos de conocimiento social" (tanto científicos como literarios) son consumidos e incorporados de un modo cada vez más rápido por parte de los actores sociales, que los utilizan en sus mapas cognitivos para el desarrollo de sus prácticas cotidianas. Asimismo, y dada la existencia de un "espacio de conocimiento social común" en el que participan tanto sociólogos y novelistas como actores sociales, se torna fundamental ponderar las consecuencias de este entrelazamiento ya sea para el nuevo estatuto ontológico de los productos científicos y literarios, como para el mapa de las representaciones sociales del sentido común.

2. A PROPÓSITO DE LAS RELACIONES ENTRE SOCIOLOGÍA Y LITERATURA

Desde su nacimiento, la sociología ha mantenido relaciones intrincadas y controvertidas con la literatura. En tanto dominios de conocimiento han tratado de reclamar para sí el estatuto de saber definitivo en lo que respecta al ser humano. Y lo han hecho oponiéndose una a la otra. En una obra ya clásica, *Las tres culturas* (1994), el sociólogo alemán Wolf Lepenies da cuenta de los terrenos movedizos generados por la competencia entre la afirmación de la sociología como ciencia y

los intentos de autonomización y prevalencia de la literatura como dominio de saber social a finales del siglo XIX. La conclusión que extrae el autor es que las fronteras entre una y otra no han estado desde esta época claramente definidas, lo que le lleva “a situar a la sociología como una tercera cultura entre la literaria y la científica”.

Si esta tesis de Lepenies abre paso a una lectura problemática sobre las relaciones mantenidas entre ambos dominios de conocimiento social durante el nacimiento institucional de la sociología, lo cierto es que la ambigüedad y conflictividad de esas mismas relaciones, de un modo u otro, sigue persistiendo. Asimismo, algunos estudios (Bjorklund, 2001; Kramer, 1979) permiten mantener la idea de que el debate entre sociología y literatura no se puede dar aún por cerrado, una vez que varias novelas publicadas a lo largo del siglo XX ofrecen un claro testimonio sobre las imágenes y las representaciones sociales de algunos escritores acerca de la sociología como ciencia y de los sociólogos como académicos profesionales. En ellas, la introducción de “sociólogos fictionales” como protagonistas sirve, en su mayoría, para desacreditar la empresa sociológica y para transmitir un retrato negativo de la ciencia social entre la ficción popular. En estas obras, a través de la novelización de personajes que son sociólogos, los literatos procuran demostrar que la sociología constituye una pseudo-ciencia con fronteras epistemológicas muy poco definidas y rigurosas; que los sociólogos utilizan un lenguaje indescifable, pseudoprofesional y obsesionado por las estadísticas; y que el sociólogo, en su esfuerzo por ser objetivo y científico, no sólo intenta mantener una actitud distanciada entre los grupos que observa, sino que también es incapaz de establecer relaciones afectivas en su vida personal.

Sin embargo, y si es indudable que por un lado, estas representaciones en la literatura sobre los sociólogos y sobre la sociología dan continuidad al debate decimonónico ilustrado por W. Lepenies; por otro, indican una cierta “incorporación de la sociología como ciencia y los sociólogos como científicos” en el imaginario no sólo de novelistas sino también en el acervo de sentido común. La presencia de la literatura en ciertas obras sociológicas (Ellena, 1998; Gonzalez García, 1994), así como la presencia de la sociología en ciertas obras literarias (Bjorklund, 2001; Kramer, 1979), no es más que un indicio de que los conocimientos sociales producidos tanto por una como por otra circulan en un “espacio social común”, siendo adquiridos y utilizados tanto por sociólogos y novelistas, además de por los lectores ordinarios que consumen uno y otro tipo de textos.

El objetivo de estas páginas es, justamente, analizar el “entrelazamiento” actualmente existente entre los conocimientos sociales producidos por la sociología y la novela en las sociedades contemporáneas, conocimientos estos que son incorporados por los actores sociales (en tanto sociólogos, novelistas o individuos comunes) que los utilizan e incorporan como matrices de orientación práctica en sus conductas cotidianas.

3. LA REFLEXIVIDAD SOCIAL COMO RESULTADO DEL CONOCIMIENTO: EL ENTRELAZAMIENTO DE LA SOCIOLOGÍA, LA NOVELA Y EL SENTIDO COMÚN

En un artículo relativamente reciente, Emilio Lamo de Espinosa (2003) esboza una propuesta analítica alrededor de la “clásica” relación entre conocimiento sociológico y de sentido común, propuesta ésta que se sitúa en las actuales “condiciones de producción y uso de la sociología”. Pese a tratarse de una reflexión preliminar, que no pretende ser de superación sino de reorientación, el autor logra arrojar luz sobre las modificaciones a las que estamos asistiendo en torno al estatuto ontológico y epistemológico de la ciencia social.

Revitalizando el concepto de “etnosociología” (Lamo de Espinosa, 1996), el sociólogo español centra su mirada en la ambigüedad de las fronteras entre el conocimiento sociológico y el conocimiento de sentido común en las sociedades reflexivas contemporáneas. Jugando con la idea divulgada por H. Garfinkel de que existe una “sociología laica” (*lay sociology*) entre los actores comunes, que permite a la vez comprender y crear las prácticas sociales cotidianas; Lamo de Espinosa defiende la existencia de un “acoplamiento institucional” entre aquellos saberes típicos de los actores sociales y los saberes formalizados y legitimados en el marco académico por los científicos sociales, de tal forma que si siempre se supo que el sociólogo es actor social se descubre ahora “que el actor social también es sociólogo” (Lamo de Espinosa, 2003: 30). Partiendo de una idea tardía desarrollada por T. Merton (Merton y Wolfe, 1995), el autor defiende que “los modelos científico-sociales, al ser difundidos, alteran el estatuto ontológico pasando de ser teorías puras usadas por los científicos sociales y que modelan el mundo, a ser mapas cognitivos que, integrados en la etnociencia, orientan a los nativos quienes eventualmente los utilizan para generar estrategias, en un proceso de deslizamiento desde la teoría (científica) a la praxis (etnocientífica) sin solución de continuidad” (Lamo de Espinosa, 2003: 33). Este proceso de difusión de la ciencia social iniciado, primariamente, por la progresiva institucionalización y legitimación lograda dentro de la academia decimonónica, acaba por escapar a lo largo del siglo XX de ese mismo contexto universitario para incorporarse a los centros de decisión políticos, económicos y culturales (Wilson, 1993).

La aceleración de este proceso de difusión de los conocimientos científicos, posibilitada a través del aumento de los innumerables canales de comunicación social —prensa, cursos, congresos, informes, análisis empíricos, obras sociológicas—, permite no sólo la incorporación de esos mismos conocimientos a los dominios institucionales, sino también a los esquemas cognitivos de los actores sociales que pasan a integrar el lenguaje sociológico en su lenguaje ordinario para entender el mundo y hacer frente a sus prácticas cotidianas. Con ello, la sociología actual no puede ser ajena, como lo han defendido varios autores (Lamo de Espinosa, 2003; Mesny, 1998; Giddens, 1987; Berger, 1965), a la progresiva incorporación y utilización (tanto implícita como explícita) de los

conocimientos científicos y sociológicos por parte de los actores sociales, que contribuyen así, no sólo a la organización racional del mundo sino también a su cambio y transformación en las actuales sociedades de conocimiento.

El divorcio entre el observador social (sociólogo) y el observado (actor social) tan valorado por la sociología decimonónica positivista, carece, a día de hoy, de fundamento, una vez que si el número de observadores sociales ha aumentado, la distancia que separa al observador del observado ha disminuido. Esta nueva dinámica trae, por ello, una consecuencia importante, primero defendida por W. I. Thomas y más tarde por H. Garfinkel –lo que los científicos sociales dicen sobre el mundo, no sólo forma parte del mundo, forma el mismo mundo–, invirtiendo por completo la tradicional función de transparencia y de aclaración de complejidad social destinada a la sociología desde sus comienzos, para hacer de ella, lo que irremediamente ya es, “el instrumento del que se vale la sociedad para mirarse” (Lamo de Espinosa, 2003:39). Las actuales condiciones sociales de producción, difusión y recepción de la sociología borran, por ello, la línea de demarcación severamente defendida en un marco positivista ortodoxo entre el observador y el observado, para atrapar al sujeto en el objeto y dar fuerza a las consecuencias de un orden social, que desde hace años, Lamo de Espinosa viene denominando “sociedad reflexiva”, un orden creado para conocer, gestionar y modificar el mismo entorno social, pero que genera él mismo, a causa de la radicalización de la paradoja de la reflexividad, lo indiscifrable y lo imprevisible (Lamo de Espinosa, 1990).

Pero si hablamos del proceso de difusión e incorporación del conocimiento sociológico en las sociedades contemporáneas occidentales, lo mismo sucede con la novela. La novela nace con la promesa de un nuevo tipo de escritura sobre el mundo moderno, capaz de traer transparencia a un nuevo orden progresivamente más opaco y complejo y en el cual el hombre pasa a tener conciencia de que todo a su alrededor crece mediante sus actos. Asimismo, desde la Edad Moderna, la novela pasa a acompañar al hombre occidental en el devenir de los siglos, proporcionándole respuestas tranquilizadoras ante sus dudas existenciales, e infiltrándose en la cultura y en las conciencias humanas como un instrumento privilegiado tanto para el autoconocimiento del mundo como para el autoconocimiento de uno mismo.

Por crear “mundos posibles ficcionales” con mayor o menor arraigo en la realidad social, la novela debe ser considerada como un mecanismo de conocimiento reflexivo –esto es, constitutivo– de la sociedad. Y esto es posible no sólo porque el escritor forma parte de esa realidad social que observa (tal y como el sociólogo y el actor común), sino también porque esos contenidos novelísticos, al ser difundidos, al ser leídos por los actores sociales, pasan inevitablemente a formar parte de la propia realidad a través de la incorporación cognitiva (lenguaje y pensamiento) y pragmática (acciones y conductas) de todo el tipo de dinámicas y de conocimientos sobre el mundo. La ficcionalización de la vida es, pues, un mecanismo más de adquisición y de reproducción de ciertos conocimientos y

dinámicas sociales por parte de los individuos reales, que usan, ellos mismos, la literatura como mapa de aclaración del mundo. Al igual que el programa sociológico de la etnometodología estadounidense llamó la atención sobre las operaciones de conocimiento de sentido común que pueden arrojar luz sobre algunos aspectos de construcción de la vida social (Garfinkel, 1967), también la novela, en tanto fuente de generación y distribución de conocimiento sobre la sociedad puede ayudar a la comprensión de procesos de producción y de reproducción social.

Este fenómeno no es ciertamente nuevo aunque haya adquirido en la actualidad más y más presencia en el seno de las sociedades de conocimiento en las que vivimos. Como bien mostró Wolf Lepenies (1994), la institucionalización y legitimación de la literatura se ha dado en un momento anterior al nacimiento e imposición social de la sociología en Europa. Si hasta 1860, el proceso de difusión y reconocimiento cultural dentro del cual se incluye la novela se mantuvo dentro de unos límites modestos, a partir de esa fecha, se da un auge literario que arranca de un modo más o menos unitario en todos los países europeos. La transformación de la vida espiritual y literaria estuvo innegablemente marcada por el desarrollo del sistema educativo –tanto en el nivel de la escuela elemental, como en el nivel medio y de la enseñanza superior– emprendido por las sociedades europeas en la segunda mitad del siglo XIX, cuyas consecuencias se hicieron sentir en el aumento del público lector, la demanda de nuevos productos culturales y literarios (aumento de la producción de libros infantiles o escolares y de literatura popular y de entretenimiento) y en la creciente diferenciación interna del campo literario.

Junto a esta progresiva alfabetización de los individuos y a la democratización en el acceso a la enseñanza, se asiste al aumento de la nueva burguesía media, y dentro de ésta, a una nueva generación lectora femenina, que al ver vetada su participación laboral, se aplica a la lectura de nuevos productos –novelas por entregas, revistas familiares, novelas sentimentales, cuentos y poesías– que pasan a conformar en gran parte la oferta literaria de finales del siglo XIX. Y si bien el público lector decimonónico estaba mayoritariamente conformado por una elite burguesa y culta, la explosión de la educación a la que se asiste en las sociedades occidentales después de la Segunda Guerra Mundial, permite ampliar ese público a casi todos los grupos sociales, que pasan a ser parte de lo que se empieza a designar como la nueva sociedad de masas. A este factor social se le une también la impronta de la industrialización que marca la economía europea a lo largo del siglo XIX, y que crea la posibilidad de aumentar las tiradas de productos literarios (libros y revistas), de reducir los costes de cada ejemplar y de difundirlos con mucha mayor celeridad entre individuos de composición social y geográfica muy distinta (Charle, 2000; Robine, 1974).

Ahora bien, el público o la audiencia a la cual se dirige la novela, tanto en los días de hoy como en la Europa decimonónica, es aún más amplio que el público a que se dirige la sociología; es más, poniendo de manifiesto una obviedad que corre el riesgo de ser generalista, “la gente lee novelas y no sociología”. O por lo

menos, las lee más, dado que las preferencias de lectura en las sociedades occidentales contemporáneas se dirigen a obras prioritariamente ficcionales y no de ciencias sociales, pese al aumento de interés por este último tipo de lectura en los últimos años (Hernández, 2002). Pero esto no implica que los sociólogos no sean también ellos lectores de ficción, por lo que encontramos que el conocimiento contenido en las novelas representa una estrategia alternativa, conocida tanto por sociólogos como por actores sociales, de adquisición de conocimiento social. Y esta cuestión se problematiza todavía más, si pensamos que también ellos, los escritores, leen, quizá con cierta frecuencia, sociología. Así que todos se leen a todos, y todos a la vez sirven para construir conocimiento sobre la sociedad acerca de la que escriben y procuran conocer, de tal forma que “el abogado, médico o ingeniero es al tiempo lector de novelas, asiduo visitante de las exposiciones e interesado analista de la realidad social y de la política nacional y mundial, temas sobre los que genera opiniones y argumentos al tiempo que los consume en diarios, revistas, simposios” (Lamo de Espinosa, 1996: 213).

Sociología y novela advienen pues, en las actuales sociedades de conocimiento, como participantes activas en la producción y reproducción del conocimiento social, de tal forma, que es legítimo afirmar que el “acoplamiento institucional” inicialmente defendido por Lamo de Espinosa entre la sociología y el sentido común (Lamo de Espinosa, 2003: 34-39), se extiende, igualmente, a la novela. Y con ello se da un “entrelazamiento” entre los conocimientos producidos por la sociología, la novela y el sentido común. Tal es el caso que, podemos afirmar la existencia de un espacio de conocimiento compartido entre sociología, novela y sentido común en las actuales sociedades contemporáneas. Y esta constatación es posible, una vez que, como hemos venido defendiendo, la distancia entre el sujeto que observa y el objeto observado se vuelve cada día más borrosa e imprecisa, bien sea por parte de la sociología, bien sea por parte de la novela. De hecho, en las sociedades occidentales, la información y los conocimientos provenientes de expertos sociales y de novelistas circulan rápidamente por numerosos canales de mediación (prensa, televisión, radio, libros, web), siendo rutinariamente incorporados y utilizados por los actores sociales en la explicación y conducción de prácticas frente a la incertidumbre que provoca la vida cotidiana, de tal forma que el “tiempo que media” entre la adquisición de esos conocimientos y su aplicación conductual (acciones sociales) o utilización cognitiva (lenguaje y pensamiento), se colapsa, o como dice E. Lamo de Espinosa (2003:34), se acopla.

Y si esto es válido para los actores sociales, cuya naturaleza del conocimiento de sentido común que poseen es cada vez menos “común” y más “científica”, toda vez que el conocimiento social que adquieren procede, en gran parte, de las lecturas especializadas que efectúan; lo mismo se podrá decir del sociólogo, quien además de científico social, es también lector de novelas y actor social que participa en el mundo que vive, y por ello comparte conocimientos sociales semejantes a los del novelista o a los de cualquier otro actor social. Y, del mismo modo que sociólogos y actores sociales, también el novelista, en cuanto

lector más o menos asiduo de obras sociológicas y científicas y en cuanto actor social que dedica esfuerzos y recursos a actuar de acuerdo con su experiencia en la sociedad, posee también una acumulación de conocimientos sociales de todo tipo que se enlazan, frecuentemente, con aquellos producidos por la sociología o el saber común.

El entrelazamiento y la permanente interpenetración entre los conocimientos sociales provenientes de la sociología, de la novela y del sentido común, no es más que el resultado de la “reflexividad social” –entendida aquí como el “conocimiento del conocimiento”– presente en las sociedades contemporáneas. La necesidad radical que los individuos tienen de saber, y la certeza de que saben y que pueden conocer más es la estrategia de supervivencia en un mundo donde la ciencia (social y natural) se institucionaliza, se rutiniza y pasa a formar parte del imaginario común. Provenga donde provenga ese conocimiento (sociología, literatura o sentido común), las sociedades humanas lo utilizan e incorporan permanentemente como fuente de comprensión ante los procesos sociales contemporáneos opacos y cada vez más complejos.

4. CONCLUSIONES

El objetivo de estas páginas fue el de reflexionar en torno al acoplamiento actualmente existente entre los usos de la sociología, la novela y el sentido común. En una época donde la información y el conocimiento constituyen dos armas de supervivencia humana y en un mundo que privilegia esencialmente el dominio experto y autorizado, es visible el aumento del consumo de fuentes de conocimiento social (sean éstas provenientes de la sociología o de la novela) que sirvan de orientación al universo cognitivo y a las prácticas sociales de los actores. El conocimiento de sentido común se vuelve así, como hemos dicho, “menos común” y “más científico”, una vez que el individuo ordinario ha pasado a valerse de toda suerte de conocimientos (sociológicos, novelísticos, técnicos) para garantizar y adaptar su lugar en el mundo.

A este proceso, contribuye el hecho de que el tiempo que discurre entre la producción de las teorías puras en la sociología (así como en otras ciencias sociales y naturales) y su difusión social, es cada vez más corto; por lo que la incorporación de los modelos sociales científicos al mapa cognitivo de los actores sociales (sean estos individuos comunes, sean estos novelistas) es cada vez más inmediata para la producción o reproducción de ciertas prácticas y comportamientos cotidianos. Si la penetración de los modelos de la ciencia es cada vez más rápidamente asimilada por los actores comunes, lo mismo ocurre con las enseñanzas que puede extraer el lector del conocimiento novelístico: la posibilidad que la novela ostenta para añadir conocimiento social sobre la vida humana o para influir en la producción de ciertos comportamientos sociales, es un hecho innegable. El entrelazamiento que se produce entre los conocimientos procedentes tanto de la sociología, de la novela y

del conocimiento nativo de los actores es, pues, parte constitutiva del mundo y sirve como aclaración permanente a la actual opacidad social.

Esta situación trae, sin embargo, consecuencias para el estatuto ontológico de la sociología. Si a lo largo de su historia, ésta ha procurado desmarcarse del sentido común y, en casos más particulares, de la literatura; en el actual marco de las sociedades reflexivas, el número de individuos con una “conciencia sociológica” ha aumentado lo que contribuye a difuminar las tradicionales fronteras entre aquel que observa (el sociólogo) y aquel que es observado (el actor social). Asimismo, al procurar tornar visible el mundo cotidiano de los actores sociales –un mundo éste cada vez más científizado y que integra, por ello, también los “productos sociológicos incorporados”–, la sociología ve, en parte, su estatuto ontológico alterado una vez que ahora sujeto y objeto se entremezclan en un nuevo espacio que es él mismo a la vez, productor y producto de los cambios sociales. Y esto porque las actuales condiciones de producción, difusión y recepción de la sociología se solapan con frecuencia en el tiempo, dificultando y imposibilitando a veces, la demarcación de las fronteras entre la ciencia y el conocimiento nativo. Reflexionar alrededor de este nuevo espacio “etno-literario-científico” donde convergen conocimientos sociológicos, literarios y de sentido común, es sin duda, un reto a afrontar por parte de la sociología contemporánea.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁVILA ÁLVAREZ, A. M. (2002), “La oferta editorial”, en MILLÁN, J. A. (Coord.), *La lectura en España - Informe 2002*, Madrid, Federación de Gremios de Editores en España: 65-77.
- BERGER, P. L. (1965), “Towards a sociological understanding of psychoanalysis”, en *Social Research*, 32: 26-41.
- BJORKLUND, D. (2001), “Sociologists as characters in twentieth-century novels”, en *The American Sociologist*, 32 (4): 23-42.
- CHARLE, C. (2000), *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI.
- ELLENA, L. (1998), “Argumentation sociologique et références littéraires”, en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 104 : 33-54.
- GARFINKEL, H. (1967), *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs/New Jersey, Prentice-Hall.
- GIDDENS, A. (1987), *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu.
- GONZÁLEZ GARCÍA, J. M. (1994), “Norbert Elias: Literatura y sociología en el proceso de la civilización”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 65: 55-77.
- HERNÁNDEZ, H. (2002), “Lectura y bibliotecas”, en MILLÁN, J. A. (Coord.), *La lectura en España - Informe 2002*, Madrid, Federación de Gremios de Editores en España: 127-144.
- KRAMER, J. (1979), “Images of sociology and sociologists in fiction”, en *Contemporary Sociology*, 8: 356-376.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1990), *La sociedad reflexiva. Sujeto y objeto del conocimiento sociológico*, Madrid, CIS.

- (1996), *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia*, Oviedo, Nobel.
 - (2003), “¿Para qué la ciencia social?”, en GINER, S. (Coord.), *Teoría sociológica moderna*, Barcelona, Ariel: 25-42.
- LEPENIES, W. (1994), *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, FCE.
- MERTON, R. y WOLFE, A. (1995), “The cultural and social incorporation of sociological knowledge”, en *The American Sociologist*, 26 (3): 15-39.
- MESNY, A. (1998), “Sociology for whom? The role of sociology in reflexive modernity”, en *Canadian Journal of Sociology*, 23: 159-178.
- ROBINE, N. (1974), “La lectura”, en ESCARPIT, R. *et al*, *Hacia una sociología del hecho literario*, Madrid, Edicusa: 227-237.
- WILSON, W. J. (Ed.) (1993), *Sociology and the Public Agenda*, Newbury Park, Sage.